



Mitos y leyendas de la Argentina

Historias que cuenta nuestro pueblo

Iris Rivera

ILUSTRACIONES
DE DIEGO MOSCATO



En muchos lugares de la Argentina, se escucha hablar de la Salamanca. Hasta existen muchas canciones folclóricas que mencionan su existencia. Dicen por ahí que la Salamanca es la cueva del diablo, donde bailan los brujos junto con las alimañas y con las almas de los condenados. Muchos son los que quieren ir a la Salamanca, porque parece que ahí se puede conseguir que el Malo le dé a uno las mayores destrezas en el canto, en el arte de la palabra, en la jineteada o en lo que sea. Claro que la cosa no es fácil. Pocos saben cómo llegar, y menos aún son los que conocen el modo de entrar. Además, si uno entra, parece que debe atravesar pruebas muy difíciles y, finalmente, pagar un precio muy alto, como dicen que le pasó al gaucho Santos...

La Salamanca

El Santos era un gaucho joven: fuerte, el hombre. Por donde andaba, iba enamorando chinas. Pero no le bastaba. Porque, aparte, era medio cantor. Medio, nomás. Y él quería ser cantor famoso. De los de magia en la guitarra, quería ser. De los de hechizo en la voz.

Y daba cualquier cosa a cambio, el Santos. Cualquier cosa.

• • •

Una noche, en la pulpería, oyó a aquel viejo hablar de la Salamanca. Y paró la oreja. El viejo siempre hablaba, pero recién esa noche dicen que el Santos le prestó atención. De seguro le habrá venido un escalofrío.

Porque él creía en esas cosas. Desde chico.

¿Y no tenía buen caballo? Tenía. ¿Y no estaba hecho a andar los caminos? Estaba. ¿Y no podía preguntarle al

viejo dónde quedaba la Salamanca? Al viejo le costó unos cuantos tragos soltar la información, pero el Santos los pagó. Eso lo vi yo mismo y lo escuché también hablar al viejo. Brujo en persona, parecía. Adobado¹ en alcohol. Vi que después se agachó y le habló al oído al Santos. Más que seguro le dijo el lugar secreto. Y algunas cosas más. Lo de la piedra roja, por ejemplo. Y sobre todo, *la palabra*.

Al Santos le tiene que haber corrido un frío. Porque ni siquiera dio las buenas noches. Lo vimos salir de la pulpería y saltar sobre su flete². Con la guitarra a la espalda iba. Al galope.

• • •

Acá es donde yo empiezo a maliciar³ lo que ha de haber pasado. Porque contarle, él nunca lo contó. Pero se sabe lo que vino después, lo que es el Santos ahora. Uno lo ve y lo escucha. Y no hace falta ser adivino.

1 Impregnado, como la carne en los condimentos con los que se la cocina.

2 Caballo de montar.

3 Sospechar, suponer.

Muchos días habrá tardado en llegar hasta ese valle rodeado de montañas, que de seguro el viejo le había nombrado. Yo también se lo podía haber dicho. A ver si se piensan que el viejo era el único.

El caso es que habrá llegado. Y en el río que cruza el valle habrá dejado que el caballo apagara la sed. Él también. La sed de su lengua apagó, isi lo sabré yo! Pero no la del corazón.

El Santos vuelve a montar; es como si lo viera. Trepas la falda del monte y, a medida que sube, el canto de los pájaros se va volviendo gemido. Lo mismo me pasó a mí. A cada movimiento, los cascos del caballo espantan alimañas. A ver si se piensan que el Santos es el único que entró en la Salamanca.

Al llegar a lo alto, ahí donde el sol se gasta las últimas luces, es como si lo viera al Santos darle rienda a su flete hacia la quebrada y, cuando ya el sendero se angosta tanto que no se avanza más, tropieza con aquella piedra roja, grande, un poco anaranjada. Esa que a mí también se me cruzó.

• • •

Lo veo de pie junto al caballo. Asegurando la guitarra a la montura. Y el flete relincha, bufa, desprende con un casco la tierra seca. Pero ya el Santos ni le presta atención. Lo estoy oyendo pronunciar la palabra que de seguro le sopló el viejo.

Y entonces es cuando la entrada se deja ver. Veo al caballo, las crines de punta, que da un corcovo⁴ y dispara al galope. Y lo veo al Santos entrar en la cueva, en la Salamanca. Lo mismo que antes había entrado yo.

• • •

Porque a mí me pasó todo eso, ya lo he dicho.

En el primer pasillo del laberinto, me saqué las pilchas⁵. El mismo viejo me lo había explicado. Y esperé un signo.

Hasta que me roza un bicho que no alcanzo a ver. Pero sé que es un basilisco⁶. Por las huellas que deja, lo sé. Y oigo allá lejos, a lo hondo, un arpa.

El laberinto se pone complicado, pero yo sigo la huella del basilisco y también sigo la música. ¡La pucha que es retorcido! Más adentro, más abajo...

4 Salto que dan algunos animales encorvando el lomo.

5 Prendas de vestir.

6 Monstruo fabuloso parecido a la serpiente; se dice que mata con la mirada.

En eso, paso a un lugar... como un galpón de grande. Más grande, todavía. La luz es roja. Un poco veo, mucho no.

Siento un susurro, un raspón, un chasquido. Y dos serpientes me suben por las piernas. Sacan y entran la lengua. ¡Velay⁷, los ojos que tienen!

Me las quiero arrancar, pero no puedo. Y aparecen iguanas escamosas que tienen uñas y colmillos. Doy unos pasos para atrás, con las serpientes subiéndome, y rozo algo peludo, blando. Una tarántula. Hay muchas. ¡Ay...! Muchas.

Trago saliva y dejo que las serpientes trepen, que las arañas raspen, que las iguanas me mordisqueen. La frente y los sobacos me transpiran frío. Las alimañas siguen, me viborean sobre el pecho, llegan al cuello. Me babean la cara. Y empiezan a bajarme por la espalda. ¡Velay, que estoy como de piedra! Hasta que baja la última. Y siguen viaje por el suelo. Y yo respiro.

Pero, de golpe..., ahí está el chivo de crenchas⁸ sucias. El viejo me había avisado. Y ahí lo tengo. Grasiento, de cuernos curvos. Me va a topar.

7 Interjección que se usa para expresar resignación.

8 Pelos.

Pero le paso por el costado como si no lo viera. Y es cierto lo que dijo el viejo: el chivo no me ve. Pero, ¡la pucha...! en eso se da vuelta y ¡TOC!, un golpe seco. Me estampa contra la roca. Quedo atontado, reboto y caigo al precipicio. En espiral es que caigo. ¡Más que precipicio! Es abismo. Yo caigo. Y suben humos, neblinas. Veo caras que aúllan. ¿Es una catarata lo que se oye abajo?

Caigo, caigo. Miro arriba. Veo volar un búho. Los ojos le llamean. Y vuela en círculos. Miro abajo. Veo pasar murciélagos. Miro hacia todas partes. Destellan luces malas.

¡Cómo no voy a saber las que ha pasado el Santos! Yo, que las pasé todas. O bueno, casi todas.

Al Santos lo veo caer igual que caí yo. Y se da la cabeza contra el fondo. Y ahí se queda, desmayado.

• • •

El Santos se despierta en el salón del trono. Iluminado por las lámparas de aceite. Olor a templo, cortinados lujosos, columnas, mármol. En la pared están las cien antorchas. Y allá, en el fondo, el trono. Rodeado de lechuzas, quirquinchos, lobisones, chanchos,

culebras, sapos. Y hechiceros y brujas y diablos mezclados y revueltos.

Una explosión, y la pared se parte. Y, de golpe, un silencio que no se puede ni aguantar. Y ahí... ahí sale Mandinga⁹. Ahí se sienta en el trono. Hombre y serpiente a la vez. Hediendo a azufre¹⁰.

—¿QUÉ DESEA EL QUE ME BUSCA?

Es como trueno la voz de Mandinga y acaba en silbo de víbora. Ahí es donde yo no quiero saber más, no puedo. Ahí es donde yo reculo¹¹. No atino a contestarle. Porque entrar a la Salamanca, vaya y pase, pero ¡hablar con Mandinga...!

Y acá es donde yo digo que el Santos fue distinto. Que el Santos no ha reculado, digo. Digo que le contestó. No baja la cabeza, el Santos. No le tiembla la voz. Lo escucho claro y fuerte:

—QUIERO HECHIZAR A TODOS CON MI CANTO.

Y Mandinga, que se frota las manos:

—Pero eso va a costarte... el alma. ¿Te conviene?

—¿Adónde hay que firmar? —oigo que dice el Santos.

—No tanto apuro —se sonríe Mandinga.

9 El diablo.

10 Elemento químico; su olor desagradable suele asociarse con el diablo.

11 Retrocedo.



Y, con un gesto, abre una grieta honda en el fondo de la Salamanca. De ahí aparecen monstruos que ni nombre tienen. Le cortan el paso al Santos. Viene una luz de la hendidura¹². Y me la juego que el Santos se le anima.

El viejo me ha contado que en ese momento es cuando Mandinga tira un cuchillo. Y que el cuchillo cae de filo sobre la grieta. Y que Mandinga dice:

—¿SERÁS CAPAZ DE CRUZAR ESTE PUENTE?

Y es como si lo viera al Santos, con la frente alta. Ni pestañea. Los monstruos se le apartan. Apoya un pie desnudo sobre el filo del cuchillo. Después, el otro. Está cruzando. Chorra sangre. Ni se queja. Mira abajo. Ve el crucifijo. Y entonces oigo que Mandinga grita:

—¡ESCUPILO!

• • •

Era la última prueba, a la que yo ni llegué. Pero el Santos la superó de seguro. Y entonces una bruja desenroscó el pergamino. Y Mandinga se sonrió con la ceja para arriba:

—BIENVENIDO A MIS HUESTES¹³, CONDENADO.

¹² Rajadura.

¹³ Ejército; conjunto de seguidores de un líder.

Un brujo le ha dado al Santos un talismán con patas de insecto. Se lo ha clavado en la mano. La sangre brota, y en ella la bruja moja la pluma.

Estoy seguro de que el Santos ha firmado el contrato. Ese que yo nunca llegué a firmar. Y por eso soy cantor, sí... pero cantor del montón.

En cambio, el Santos... hay que ver lo que es hoy el Santos. Hay que oírlo cantar. Hay que quedarse con la boca abierta por esos versos que le brotan como el agua. Por esa música que hace temblar el aire. Y que al más duro lo hace lagrimear.

Hasta un tonto se da cuenta de que ha vendido su alma al diablo.

Santos Vega

Santos Vega

¿Qué habrá sido del gaucho Santos, luego de que firmó su pacto con el demonio? Cuenta la leyenda que se convirtió en un cantor extraordinario, como había sido su sueño. Su apellido era Vega, y tan famoso se hizo, que su mito inspiró a muchos escritores. En 1948, cuando se inauguró su monumento en los pagos del Tuyú, provincia de Buenos Aires, se leyeron las siguientes palabras: "La existencia de Santos Vega demuestra que nuestra tierra no solo fue de gauchos, de campesinos y de guerreros, sino de poetas y de cantores, herederos de los sentimientos de la vieja España, que transmitieron a las generaciones futuras el gusto de las cosas bellas, la inspiración de nuestros campos y el amor a la libertad". Claro que también se cuenta que el gaucho tuvo un final de esos que suelen tener los que hacen pactos con Mandinga...

Vega fue el apellido con que el gaucho Santos firmó contrato con el diablo. Santos Vega firmó, sangrante y desnudo, en lo más profundo de la Salamanca. Y con esa firma vendió su alma. A cambio, Mandinga le iba a cumplir su deseo de ser cantor famoso, artista grande.

Santos Vega firmó y, al levantar la pluma, un alboroto infernal de brujas y brujos estalló en la cueva. En las entrañas de la Salamanca se festejaba la compra que había hecho el diablo. Brujos y brujas con antorchas encendidas entraron a bailar alrededor de una olla puesta al fuego.

Desde su trono, Mandinga contemplaba el festejo rodeado de culebras, cerdos, sapos, quirquinchos, lechuzas, lobisones.

...

Al ritmo de la danza, el líquido del caldero comienza a hervir. Un brujo lo revuelve con una vara de tala¹. Lo bate. Una bruja trae un sapo y lo arroja en la olla. También la lengua de un perro sin dueño, que durante muchas noches aulló a la luna. El brujo de la vara arroja al caldo ojos de iguana. Y alas de vampiro.

Todo hierve en el caldero. Los seres infernales baten palmas, lanzan gritos. Es el aquelarre². Murciélagos que vuelan. Cerdos que gruñen. Chistan las lechuzas, los lobisones aúllan. El batifondo es tanto que retumba la tierra. Y en el rancho más cercano, a muchas leguas, una china de ojos negros se persigna³.

—¡Hay baile en la Salamanca!

• • •

Santos Vega solo piensa en salir pronto de ahí.

Mira hacia arriba y, sobre el abismo que se abre en espiral, vuela en círculos un búho de ojos en llamas. Sin dudar de sus fuerzas, el gaucho empieza a trepar

1 Árbol de madera blanca y fuerte.

2 Encuentro de brujos y/o brujas.

3 Se hace la señal de la cruz.

la roca viva⁴. Lo acompaña el estruendo del aquelarre. El humo y las neblinas del infierno lo chupan hacia arriba. Y él trepa, trepa. Hasta que pone una mano en el borde del precipicio. Y una rodilla. Alza el cuerpo y, de un salto, se levanta. El chivo de crenchas sucias, que antes lo había arrojado a ese pozo sin fondo, ahora le lame la sangre como perro mansito.

Y Santos Vega avanza hacia la salida. Desde sus cuevas y nidos, decenas de arañas lo ven pasar. Reptiles verdes con garras y colmillos también lo miran. Ninguno lo molesta. Los ojos de las serpientes no amenazan. Nada de lo que hicieron antes para trabarle el paso se lo impide ahora. Y pronto Santos Vega llega al laberinto por el que antes ha entrado y ahora espera salir.

Apenas pone un pie en el primer pasillo, suena un arpa a sus espaldas, y un basilisco se le adelanta para mostrarle el camino. Son los mismos indicios de cuando entró. Ahora lo guían para salir. El gaucho sigue al basilisco, avanza por las galerías. El sonido del arpa es cada vez más débil. Es que se aleja de las honduras del infierno, se va acercando a la superficie. Cuando la luz del amanecer entra en la cueva, sabe que ha llegado.

4 Roca que no está cubierta por tierra.

Contra la pared de piedra ve sus botas, sus pilchas. El basilisco no está más, no se oye el arpa.

Santos Vega se empieza a vestir. Ya se calzó las botas, ya se anuda el pañuelo. Ya levanta del suelo su sombrero de gaucho, cuando escucha allá arriba, allá afuera, un relincho. Y sale de la cueva.

Mira atrás y solo se ve una roca grande, de color rojo-anaranjado, que es la señal para los creyentes. Pero la entrada, ya no está. Cuando vuelve la cabeza, ve su flete. Antes se había escapado, pero ha vuelto. Lo recibe con un relincho. Bien atada a la silla, su guitarra.

• • •

Santos Vega piensa ahora en la promesa que le va a cumplir el diablo. Y le falta tiempo para desatar su guitarra. Se la cuelga a la espalda y monta. Allá va, por el camino.

Allá vuelve, legua y legua, hacia sus pagos bonaerenses.

A ver si vale la pena haber hecho el trato que hizo. Haber vendido el alma que vendió.

Muchos días tarda en llegar hasta la pulpería aquella donde un viejo muy entendido le contó los secretos de

la Salamanca. Tarda mucho, pero es allí adonde quiere ir. A empezar su carrera de cantor.

El viejo lo ve entrar y arruga el ceño. No parece cansado el gaucho Vega, y eso que viene de tan lejos. Cuando se cruzan las miradas, el viejo sabe que el mozo ha encontrado la Salamanca y que ha firmado contrato con su sangre.

Con la guitarra a la espalda, sin permitirse una sonrisa, el gaucho pide una caña y se la baja de un trago.

Ahora sí, guitarra en mano, alza el pie sobre una silla. Todavía no ha tocado una cuerda, cuando ya lo están mirando. Es Santos Vega, sí, pero parece otro. La frente despejada, los ojos como chispas. Las manos acarician las cuerdas como si fueran cabellera de mujer. Y el aire del boliche se podría cortar con un cuchillo.

Ahora está sonando el primer rasgueo. Ahora el cantor improvisa los primeros versos. Tristes palabras de patria sufrida. Bellas como nunca hubo otras. Santos Vega es poeta ahora. Y a aquellos gauchos rudos, castigados por el sol de la pampa, se les derrite, con cada acorde, el corazón.

• • •

Toda la noche cantó el payador⁵. Y la audiencia, embrujada. Y la noticia corrió de tal manera, que al boliche acudieron, al otro día, más de cien paisanos. Y a la siguiente noche, eran doscientos.

De los pueblos vecinos lo venían a buscar.

A nadie se negaba Santos Vega. Empezó a galopar de pueblo en pueblo. Y no quedaba uno que no lo fuera a escuchar. Para decir su nombre, más de cuatro se sacaban el sombrero. Y al pronunciarlo les temblaba la voz.

• • •

En un suspiro⁶ se le pasaban los días al gaucho artista. Y los meses y los años. Su vida no podía ser más venturosa⁷ mientras su fama se alargaba.

No precisaba más. Hasta tenía una moza de ojos negros que daba un beso a las cuerdas justo antes de empezar a cantar.

• • •

5 Cantor que improvisa sobre temas variados, acompañándose con la guitarra, generalmente en competencia con otro.

6 Rápidamente.

7 Dichosa, feliz.

Es de madrugada. La guitarra descansa mientras Santos Vega duerme abrazado a su china y en sueños oye unas voces.

—¿Qué desea el que me busca?

—Hechizar la pampa con mi canto.

—Pero eso cuesta... el alma. ¿Te conviene?

—¿Adónde hay que firmar?

En sueños ve el contrato. Y una pluma mojada con su sangre. Y ve su mano firmando: *Santos Vega*. Y oye una carcajada cavernosa, interminable...

—¡Bienvenido a mis huestes, condenado!

“Condenado, ado, ado...” hace eco la voz de Mandinga en el sueño de Santos Vega, que se despierta hecho sudor.

• • •

Desde la noche del sueño, el cantor se iba de cada pueblo pensando que los diablos habían llegado a buscarlo. Y se acercaba al siguiente pensando que los diablos lo esperaban allá.

Su galope por la piel de la pampa se convirtió en un largo escapar. Pero nada pasaba. Y esa guitarra y ese

canto seguían hechizando al pueblerío. Y esa morocha de ojos negros seguía besando las cuerdas y enjugando el sudor de cada pesadilla.

Una tardecita, después de un partido de pato⁸, unos cuantos paisanos estaban a la sombra de un ombú. Algunos dormitaban, y Santos Vega era uno de ellos.

Los que andaban despiertos vieron llegar un jinete al galope y desmontar de un salto. Algunos otros despertaron; pero Santos Vega, no. Entonces el jinete se dirigió a él y, sin más trámite, lo despabiló de una sacudida. Después, poniendo a todos por testigos, lo desafió a cantar.

—A ver cuál de los dos es el mejor —le dijo.

—¿Y vos quién sos? —le preguntó, altanero, Santos Vega.

—Juan Sin Ropa —dijo el otro.

Y todo el paisanaje se echó a reír.

Pero Juan Sin Ropa se sentó en un raigón⁹ del ombú y empuñó su guitarra.

Cuando la risa general se calmó un poco, Santos Vega pidió que le alcanzaran la suya, se sentó a su vez y comenzó a cantar.

8 Competencia deportiva con pelota, en la que los jugadores están montados sobre caballos.

9 Raíz gruesa que queda al arrancar una planta.



Otra vez le cantaba a la patria, y fue su canto el más dulce, el más triste y más bello de los que hasta el momento había cantado. El paisanaje lo escuchaba con silencio de misa. Más parecía canto de ángel que de gaucho argentino.

La noche ya avanza sobre la sombra del ombú, cuando Juan Sin Ropa alza la mano, toca una rama. Brota una gran lengua de fuego.

Los paisanos se persignan y al mismo tiempo dan un paso atrás. Las llamas envolvieron a Juan Sin Ropa como lo hubiera envuelto un poncho. Santos Vega se pone en pie.

Pero así, emponchado en llamas, Juan Sin Ropa canta. Hace música y canta. Y es su voz tan potente, suenan sus cuerdas con tan terrible belleza, que Santos Vega va agachando la cabeza a cada acorde, a cada verso. Cada nota le pesa sobre los hombros, lo encorva. Va resbalando hacia el suelo. Se va doblando como quien se marchita.

Con el rasgueo final, Santos Vega llora sobre su guitarra: —Estoy vencido —declara.

El fuego de Juan Sin Ropa se propaga entonces hasta encender todo el ombú. Los paisanos retroceden más. Y es solo para ver cómo las llamas caen sobre

Santos Vega. Y en un respiro lo consumen hasta volverlo ceniza.

Por una grieta del suelo, Juan Sin Ropa escapa convertido en serpiente. Y la serpiente se lleva el alma de Santos Vega. Esa que Mandinga había venido a cobrar.